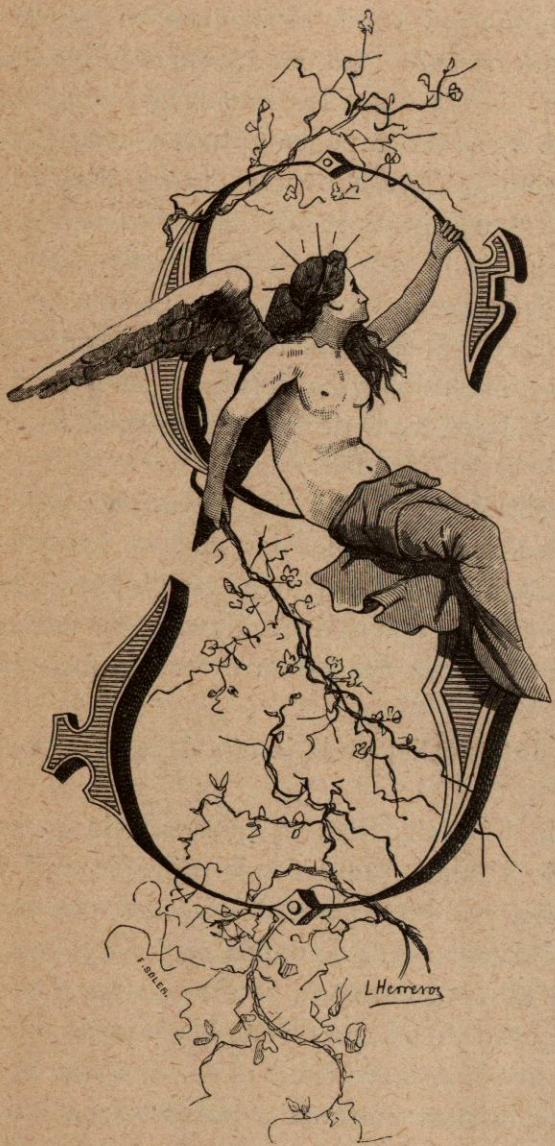


## DE CÓMO PUDO EXISTIR LA ATLÁNTIDA



SIEMPRE que en los libros, en las Revistas científicas ó en otras publicaciones, he encontrado algo concerniente á la *tierra incógnita*, cuya existencia se ha tenido largo tiempo por un mito, lo he leído con avidez, estimulado por el deseo de descubrir al menos un indicio por el cual se llegara en definitiva á descorrer el velo del misterio que envuelve en la noche de los tiempos la legendaria é inmensa isla, de que habla Platón en sus diálogos sobre la Naturaleza.

Los interesantes artículos que bajo el título de «La Atlántida», ha publicado EL CENTENARIO, escritos por el Sr. Valera, con la elegancia y galanura que distinguen á este eminente literato, me han dado la idea de exponer mi humilde opinión sobre un asunto que no por ser obscuro y aun por eso mismo, deja de merecer que de él

se ocupen no sólo los curiosos y los investigadores especulativos sino también los hombres de ciencia llamados á decidir en la cuestión después de un detenido estudio de las fuentes geológicas y geográficas y de los hechos que se derivan directamente

de la etnografía y de los procesos filológicos; todos ellos íntimamente relacionados con la historia de la humanidad, á la que es innegable presta un importante auxilio la tradición, siquiera sea vaga é incompleta.

Sin pretensiones de acertar ni menos de tener autoridad ni conocimientos sólidos para entrar en materia con paso firme y seguro, séame permitido, no obstante, emitir una hipótesis más, dejando á los eruditos el cuidado de pronunciar la última palabra, si es que puede algún día llegarse á ese desideratum.

Dice Platón en su *Timeo*: «Había más allá del estrecho que denomináis columnas de Hércules, una isla mayor que la Libia y el Asia. De esa isla se podía pasar fácilmente á las otras y de éstas al continente que rodea todo el mar interior; porque éste, que está más acá del estrecho de que os hablo, parece un puerto con una angosta entrada; pero es un mar verdadero y la tierra que lo circunda un verdadero continente. En la isla Atlántida gobernaban reyes de un poder grande y maravilloso, que tenían bajo su dominio la isla entera, así como también varias islas más pequeñas y algunas regiones del continente. Luego, más acá del estrecho, reinaron además sobre la Libia hasta el Egipto y sobre la Europa, hasta la Tirrenia... Después, grandes temblores de tierra é inundaciones, exterminaron en un solo día y una noche fatal, todos los guerreros de la Grecia; la isla Atlántida se sumergió en el mar y así, desde entonces aquel paraje es inaccesible y ha dejado de ser navegable por la cantidad de limo que allí ha quedado en lugar de la isla sumergida.»

Strabón escribe por su parte <sup>1</sup>:

«No puedo menos de aprobar lo que enseña Posidonio, de las elevaciones y depresiones del suelo y en general de todos los cambios producidos, sea por los temblores de tierra ó por otras causas... también apruebo lo que refiere Platón de la Atlántida... los hierofantes de Egipto aseguraron á Solón, que antiguamente existía una isla de ese nombre, que había desaparecido, aun cuando su extensión fuese la de un continente.»

A propósito de este asunto, expone el P. Lozano, ilustrado jesuíta de las Misiones del Paraguay <sup>2</sup>:

«La primera opinión en esta materia, es la del divino Platón, que escribió en su *Timeo*, hubo una prodigiosa isla llamada de Atlante, que teniendo principio en las columnas de Hércules, á su vista se extendía por gran parte del Océano con tan vasta dilación, que era mayor que toda la África y Asia; de donde se infiere, sería contigua con la América; porque siendo de tal tamaño no era posible que no fuera á encontrarse con la tierra de la Nueva España, pues hasta ella no hay espacio, que desde las columnas de Hércules iguale y exceda á la África y Asia. Con que entrarían á poblar la América sucesivamente los que entraron á poblar dicha isla, antes que en ella reinase el príncipe Atlante, que fué por los años de 2334 de la creación del Mundo y 1670 antes de la venida de Cristo. Y supuesto que dicha isla

<sup>1</sup> *Geografía*.—Libro II.

<sup>2</sup> *Historia de la conquista del Paraguay y del Río de la Plata*, t. I (pág. 348).—Andrés Lamas, Buenos Aires, 1873.

»era tan cercana á las columnas de Hércules, y que por la parte oriental tenía por »frontera al África, serían sus primeros pobladores, ó africanos, ó europeos.

»Esta grande isla, añade Platón, se sumergió lastimosamente con ciertos horro- »sos temblores y un diluvio copioso de un día y noche, quedando en su lugar un »piélago inmenso en que sólo algunas islas como las *Terceras, Canarias* y de *Cabo Verde*, son cortos paréntesis.»

Antes de pasar adelante y de presentar lo mejor que me sea dable á la considera- »ción del lector las reflexiones que un acontecimiento tan trascendental me sugiere, voy á copiar aquí un párrafo de la obra póstuma del insigne astrónomo P. Secchi <sup>1</sup>:

«Entretanto, por la época que siguió á la retirada de los hielos aún no habían ter- »minado los movimientos del terreno. La Sicilia se hallaba entonces unida al África »por una tierra que se ha sumergido y que servía de puente á los hipopótamos, cu- »yos esqueletos se han encontrado en abundancia cerca de Palermo, y suponen la »existencia de ríos bastante mayores de lo que debiera sustentar esa isla.

»Probablemente, mientras por esa parte se deprimía el suelo, se iría elevando el »terreno de Italia...»

En efecto, al comienzo de la era cuaternaria, casi todo el espacio que ocupa hoy el Mediterráneo, debía ser una deliciosa comarca, surcada por caudalosos ríos y alfombrada por verdes prados y espesas selvas; sus actuales islas, cimas de montañas y una de sus cordilleras seguiría sin interrupción hasta los montes Atlas, por Calpe y Abyla; mientras que por el Sur de éstos, en vez de árido y arenoso desierto, se extendía el mar que podremos llamar de Sahara, otro Mediterráneo parecido al que hoy existe.

Pasando al nuevo continente, no parecerá quizá aventurado suponer, que la cadena circular que forman las Antillas menores, prolongándose desde la península de Paria por los cayos de barlovento hasta la Florida, era el límite probable de aquellas tierras occidentales; que en lugar del istmo de Panamá habría un estrecho y que penetrando por él las aguas del Océano (Pacífico) se reunirían en un seno ó golfo de poca extensión al Sur de Puerto Rico.

Esta hipótesis no es arbitraria en manera alguna; pues que se funda en las obser- vaciones hechas por los geólogos; está de acuerdo con las deducciones que hace el Sr. Botella (D. Federico) <sup>2</sup> con presencia de las sondas del Océano Atlántico septentrional, y en tal concepto ha servido de fundamento para trazar la carta que acompaña á este estudio.

Para ello se ha supuesto que las tierras ocupaban el espacio en que se han sondado recientemente menos de 3.500 metros, cantidad que se estima haya podido deprimirse la parte media del Atlántico, situada entre el viejo y el nuevo continente, en compensación á lo que se elevaría la línea longitudinal de ambas Américas.

<sup>1</sup> *Lecciones de Física terrestre* (pág. 66). Versión castellana por D. Patricio Montojo, Madrid, 1887.

<sup>2</sup> *Revista general de Marina*, tomo XV (pág. 656).

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

El contorno hipotético de la Atlántida ó *Xibalba*, comprende el actual archipiélago de las Azores ó *Terceras*, al S. y á poca distancia se vé la isla Antilia, de los cosmógrafos de la Edad Media; al E. otra que encierra el grupo de la Madera y Porto Santo; más lejos, las Canarias ó *Afortunadas* y las de Cabo Verde, formando parte integrante del viejo continente, como avanzada para lanzarse al Oeste y siguiendo en esta dirección una cordillera de prominencias, á partir desde la actual península de la Florida, hasta terminar en la de Paria, constituyendo una línea defensiva natural contra el proceloso Océano.

La inspección de la carta, hace ver, que el trayecto desde el paraje que hoy ocupan las Canarias hasta la Atlántida, debía ser relativamente corto; así como el que habría partiendo de la península Ibérica, y tocando en el grupo de la Madera.

Del mismo modo, sería fácil atravesar el brazo de mar que separaría la parte SO. de la Atlántida de la costa más próxima del continente occidental donde están hoy las islas de barlovento ó Antillas menores y natural la transmigración hacia el Oeste. pasando por Haiti y Cuba, al Yucatán y á Méjico ó *Anahuac*.

Los conchíferos y otros detribos marinos, encontrados sobre las elevadas cumbres de los Andes en América y de los Alpes en Europa, demuestran con evidencia que las tierras y los mares han cambiado de emplazamiento; así como las rugosidades y asperezas de la costra terráquea que designamos bajo la denominación de montes, sierras y cordilleras, fueron en la época terciaria, colinas, mesetas y hasta llanuras ó valles, al paso que estos últimos eran mares profundos. Nuestro planeta, antes de llegar á la era antrópica ó humana, ha pasado por grandes transformaciones y cambios, ha disminuído en volumen, ha sufrido muy diversas temperaturas, siendo su última etapa precursora de la aparición del hombre, las grandes heladas de la época glacial que sepultó por muchos siglos entre las frígidas capas, los enormes cuadrúpedos cuyas osamentas se han descubierto en nuestros días.

Los volcanès, esas tremendas manifestaciones de las energías internas del globo, han sido causa de muchísimos trastornos é inmersos desastres. ¿Qué nos dice la historia de las sesenta erupciones del Vesubio desde la del año 79 (D. J.-C.) primera de que tenemos noticia, que sepultó bajo las lavas tres ciudades y quitó la vida á millares de seres vivientes? ¿Cuántos siniestros no registran los anales de todos los países, por efecto de las erupciones volcánicas y de los terremotos?

La primera erupción del volcán de Tenerife, coincidiendo probablemente con la ruptura simultánea de otros muchos respiraderos del fuego central, diseminados por el Atlántico desde el Hecla en la Islandia hasta la isla de Santa Elena, pudo ocasionar la elevación del suelo donde hoy existen las Canarias, Madera, Cabo Verde y Azores, haciendo surgir del Océano la Atlántida, que quizás constara de extensas tierras de variados contornos y muchas islas repartidas á su alrededor, conforme refiere Platón en sus diálogos.

Recordando algunos hechos históricos, vemos que la laguna de Taal, próxima á

Manila, es de formación plutoniana, y la isla del mismo nombre situada en medio de ella, ostenta su anchuroso cráter en la cima del cono, que un día lanzaba al espacio rocas cristalinas, betún y lavas. El emplazamiento de la laguna más ó menos accidentada, que se deprimió al tiempo que se formaba el volcán, dando entrada á las aguas del mar por el Oeste, y después, al restablecerse el equilibrio, prevaleció la isla en medio de la laguna y alrededor de ésta subieron otra vez los terrenos que se habían hundido.

En 1775 quedó destruída Lisboa en gran parte por efecto de un terremoto, que ocasionó la inundación de Cádiz, por las aguas del Atlántico; se sintió sobre las costas de Europa, y ¡llegó dos veces con sus ondulaciones á las de América, causando muchos estragos!

En 1783, un movimiento plutónico submarino hizo nacer una isla entre las de Feröe y la Islandia. En 1811, cerca de San Miguel (islas Azores), apareció la isla Sabrina, que se sumergió poco tiempo después. En 1831 surgió la Julia ó Fernanda, entre Sicilia y la isla volcánica de Pantellaria. En el mismo paraje se habían sondado seis meses antes 150 metros, y en vísperas del suceso, un buque inglés sintió como si tocase la quilla en un banco de arena. La isla Fernanda ya no existe, pero el fondo de aquel lugar del Mediterráneo es variable.

En 1866, en el grupo de las Cíclades, apareció una isla que recibió el nombre de Jorge, frente á la bahía de Santorin, que luego se unió con Nea Kameris, sepultando algunas casas y sus moradores.

En 1867 se observó una conmoción volcánica submarina en el archipiélago de los Navegantes.

Aun más reciente, y por cierto no el menos importante de estos cataclismos, fué el ocurrido en el Estrecho de Sonda en 1883. El 20 de Agosto se alzaba el suelo de la isla Krakatoa (situada en medio del Estrecho), y al propio tiempo rompía á vomitar llamas el volcán con formidable estruendo; se elevaron las aguas del mar, colmado de sedimentos, y abrieron sus bocas 16 conos de Sumatra y Java; mientras que se cerraban los puertos, se cubrían los valles con las lavas y cenizas, quedaban destruídas varias aldeas, asoladas las sementeras y sembrado el suelo de cadáveres carbonizados. ¡Las víctimas pasaron de 50.000!

En fin, al oscurecer del 7 de Junio último, el volcán Aböe, de la isla Sánguier, en el mar de Célebes, entró en plena erupción repentinamente con proporciones formidables, sin sacudida aparente, sin el menor anuncio ni ruido subterráneo alguno. Grandes cantidades de cenizas y piedras cayeron sobre la isla entera, y muchas personas fueron víctimas de esta terrible lluvia, no pudiendo escapar al desastre los que se refugiaron dentro de las casas, por ser éstas de construcción ligera y las más de nipa; como son las de aquellas islas generalmente.

La isla Sánguier es la principal de un grupo situado 300 millas al N. de Célebes y 100 al S. de Sarangani (Mindanao); mide 40 kilómetros de N. á S. por 25 de Este á Oeste, y se le calcula una población de 10.000 habitantes. El grupo de Sánguier forma

parte de una serie de prominencias, que corren desde Célebes hasta unirse á las sierras de Mindanao, constituyendo una cadena volcánica, en la cual se han sucedido muchas erupciones.

Estos ejemplos, escogidos entre los innumerables cuyas huellas han quedado impresas para siempre en muchos lugares del globo, dan una idea de la enorme potencia de las fuerzas mecánicas que bullen en lo interior, conmueven la corteza terrestre, pugnando por desgarrarla, y ejercen su influencia, por ondulaciones del terreno, á inmensas distancias. En Manila, en Santiago de Cuba, en Honduras, en las Antillas Menores, en la América Central y en otros muchos puntos y regiones, se sienten de tiempo en tiempo terremotos ó temblores de tierra y ligeras conmociones del suelo, que á veces se abre y agrieta hondamente, causando terribles trastornos.

Estos fenómenos están siempre ligados á una erupción volcánica, más ó menos próxima, según lo comprueban las observaciones *seísmicas* modernas.

¿Habrá todavía quién ponga en duda el hecho de la desaparición de la Atlántida?

«No hay nadie que no crea en el fondo la exactitud de la citada tradición» (dice el Sr. Botella) y sólo discrepan los hombres de ciencia en la forma, esto es, en los parajes que ocupó, en la época probable de su población y cuándo se hundió en el seno del Océano, *aquella noche fatal para los griegos*.

La tradición nos enseña que por los años de 1500 (A. J.-C.) tuvo lugar el diluvio llamado de Deucalión, que inundó la Grecia, cuyo país permaneció sumergido, en parte, tres meses, bajo las aguas. Colocando la desaparición de la Atlántida en ese mismo tiempo como consecuencia de una inmensa conmoción de la costa terrestre, resultaría de acuerdo la leyenda conservada en la memoria de los pueblos, con los hechos demostrados por la experiencia y con los deducidos de las investigaciones científicas.

Terrible hubo de ser seguramente, el efecto producido por la colosal batería volcánica de más de 270 bocas, repartida en el sistema andino cuando tronó por vez primera.

¿No podría ser causa tan grandioso acontecimiento de la desaparición de la Atlántida?...

Al elevarse el suelo de ambas Américas, arrastrado por la tumefacción de los montes, se produjo una depresión en las tierras algo apartadas de la vertiente oriental de los Andes, hasta formar el Seno Mejicano y el Mar de las Antillas. Desde estos parajes, una ondulación gigantesca se dirigió al Oriente; la ola pasó por encima de la Atlántida, que se hundió para siempre; se apartaron las columnas de Hércules y penetrando entre ellas el Océano, llenó la cuenca que forma el actual Mediterráneo, en el que se vertieron (por cerca de Túnez) las aguas del Sahara, que al elevarse se quedó en seco.

No es mi ánimo, haber hallado con esta imaginaria reseña, la solución de un problema tan complejo, intrincado y obscuro; limitándome tan solo á exponer una de las explicaciones que pueden darse, partiendo de que la sumersión de *las tierras incóg-*

*nitas* ha debido estar enlazada con una tremebunda erupción volcánica general que produjo la elevación del terreno en los parajes donde ejercía su acción inmediata, y depresión considerable del suelo, en los que no sufrían la influencia directa de las fuerzas internas del globo.

La existencia de tierras, entre los dos grandes continentes, áfrico-europeo y americano, explica fácilmente la población del último por el hombre. Los reyes atlántidas, se dice que dominaban la Europa por Occidente y Mediodía y que habían conquistado además la parte septentrional de África. Nuestro P. Mariana, en su *Historia de España*, habla de ellos y los nombra, valiéndose de las noticias que tenían en su época, de aquellos tiempos bárbaros, en que la verdad andaba envuelta en mil ficciones hiperbólicas llenas de alegorías.

Sea como quiera, ¿qué dificultad hay en admitir que la Atlántida ó *Xibalba* haya sido descubierta y poblada por el hombre oriental (árido) y más tarde, las tierras del continente occidental (América) por los atlántidas descendientes de aquél, pasando por Cuba á Yucatán y á otras comarcas más al Sur, á donde llevaron la civilización, las artes, las costumbres y los monumentos de sus mayores?

Tomando por base la dispersión general de los pueblos, según el Génesis, cabe suponer que los *áridos* de origen semítico abandonaran la llanura del Senaar en dirección del Oeste y que luego los *iberos* de origen jafético, siguieran la misma vía.

Llegados unos y otros á los confines de la región del Atlas vieron desde la cresta de estos montes, los más elevados del mundo conocido, *el mar tenebroso*, que se extendía para el Oeste, y al descender de aquellas alturas, mientras ciertas tribus que recibieron el nombre de *guanches* se establecían en las tierras altas del archipiélago canario actual y los *iberos* marchaban hacia el Norte para poblar la península á que dieron su nombre; los *áridos*, más osados, impelidos por el instinto de la emigración, construían toscas embarcaciones de troncos de árboles y se lanzaban á la mar, arribando á la Atlántida. Allí, atraídos por la hermosura y riqueza del suelo y por la suavidad del clima, fundaron un poderoso imperio, que pronto alcanzó un alto grado de prosperidad y de cultura.

Más tarde, por efecto de las continuas convulsiones á que están sujetas las sociedades nacientes, fueron también emigrando hordas y familias egipcias siguiendo el camino del Oeste, hasta detenerse igualmente en la Atlántida.

Los habitantes de esta inmensa isla, poblada ya por diversos pueblos, inquietos y turbulentos como isleños que eran, emprendieron varias excursiones marítimas, aprovechando los vientos favorables; volviendo unos al Este, arribaron á la costa occidental de la península ibérica y luchando con los naturales, los obligaron á replegarse hacia la parte Noroeste y atravesando otros un brazo de mar de 200 leguas en dirección occidental iban á embarrancar en las playas orientales del continente americano. Nuevos expedicionarios procedentes de la Atlántida en lucha con los anteriores, se abrían camino por la fuerza.

Los primeros se establecieron en el Yucatán y fueron los *mayas*; los últimos, siguiendo su marcha triunfal, se posesionaron del *Anahuac*, con el nombre de *toltecas*.

Las confusas tradiciones que se conservan en Méjico y en Yucatán dan á entender que en lo antiguo los habitantes de aquellos países eran pescadores ó cazadores, que el clima era extremadamente húmedo y frío; la tierra no producía apenas alimento alguno, y los habitantes solían devorar á sus propios hijos. No conocían el uso del fuego, ni las chozas, ni las prendas de vestir.

En esta época desolada, apareció de repente una multitud de extranjeros que venían del Este guiados por un poderoso caudillo, que se decía mensajero de la divinidad, al que se atribuye la invención de la escritura geroglífica y se le tiene por el fundador de la civilización.

Cuenta además la tradición mejicana que á la llegada de los hombres orientales, se hallaba poblado el país por gigantes, que fueron vencidos por la nación de los *toltecas*, mientras que en Yucatán, se establecieron los *mayas*, que formaban un pueblo inteligente é industrioso, cuyos reyes y sacerdotes oprimían á las clases inferiores (como los egipcios, de quienes descendían probablemente).

Los toltecas fueron en América lo que los celtas en Europa.

Fundaron en Méjico un imperio floreciente; se diseminaron por toda la parte central de la América, difundiendo á lo lejos su civilización; y, subyugados andando el tiempo por los *aztecas*, que venían del Norte, perdieron entonces su preponderancia.

Las ruinas de Palenque en Méjico, de Uxmal y Chichen Itza en Yucatán y las de otras muchas ciudades antiguas, maravillan por su arquitectura extraña, llena de meandros ó grecas y figuras de hombres, animales y símbolos, que recuerdan los monumentos de Egipto y de la India; así como las momias peruanas y las pirámides que se encuentran en gran número por todo el centro América muy semejantes á las del Bajo Egipto, por más de que no lo crea así el Sr. Pí y Margall.

Es indudable, por otra parte, que los esquimales han estado de antiguo en íntimas relaciones con los pueblos americanos. Proceden, como los groenlandeses de los kamschadales, dungures y otros asiáticos hiperbóreos, que pasando por el istmo ó mar de Behring, se corrieron por el territorio septentrional de América, en dirección Sudoeste, y quizás ellos fueron los *aztecas* dominadores del Anahuac. Son de origen semítico y formaron más tarde una raza mezclada.

Hay también noticia cierta de irrupciones de los polinesios en las costas occidentales de América; bien se atribuyan á que hayan sido arrastrados por los temporales ó á otras causas.

Al ser pobladas las islas de la Oceanía por las razas malaya y etiópica, siguieron después hacia el Este y arribaron en sucesivas expediciones á las playas bañadas por el Mar Pacífico, subyugando á sus habitantes y ocupando el país desde el Sur hacia el Norte.



Los primitivos habitantes de las costas occidentales de América eran poco aptos para la navegación, como lo prueban los escasos vestigios que han quedado de sus conocimientos en el arte naval. Los polinesios, en cambio, eran todo lo contrario, pues por ser nacidos en islas, pequeñas la mayor parte, eran y son hombres de mar por necesidad.

Así acontece en nuestros días, que llegan á las costas orientales de Luzón y Mindanao, los carolinos acosados por los malos tiempos, atravesando en sus *piraguas* ó *pancos* distancias de más de 200 leguas, con admiración de los habitantes de Filipinas, que son testigos de su arrojó.

La América ofrece un tipo general de raza única en todos los climas de ambos hemisferios. Son semejantes á los asiáticos y, por lo tanto, conservan los mismos rasgos fisionómicos, con leves diferencias debidas á cruzamientos posteriores con los polinesios principalmente; según se observa en los canadienses, iroqueses, mexicanos, peruanos, chibchas, quichuas, araucanos, guaraníes, chilenos, fueguinos y charrúas, etcétera, y en la forma de su cráneo, presentan los dos caracteres de *braquicéfalos* ó cabezas anchas y de *dolicocéfalos* ó cabezas prolongadas.

En cuanto al lenguaje, lo más probable es que los diversos idiomas de los americanos que al formar examen parecen no tener analogía entre sí, deben partir de uno solo fundamental, que, según opinión de algunos filólogos, tendría muchos puntos de contacto con el fenicio.

En el orden cronológico, la sumersión de la Atlántida tuvo por necesidad que ser anterior á las inmigraciones de los asiáticos y polinesios; así como á la arribada en sucesivas expediciones de los atrevidos exploradores escandinavos, cuyas huellas se han encontrado en varios lugares próximos á la costa Noroeste de América.

Con aquel espantoso hundimiento coincidió el importante cambio que sufrió el contorno del litoral marítimo y la formación de las islas que se extienden por el Mar de las Antillas. Entonces se verificó un general trastorno y una total revolución en la manera de ser de aquellos hombres.

Habiendo desaparecido la Atlántida, faltó el puente que servía para comunicar el continente oriental con el occidental y la corriente civilizadora quedó interrumpida por mucho tiempo. Entre tanto, los habitantes del nuevo continente separados de los que quedaron en las islas, perdieron la noción de los viajes por mar, y por efecto de las guerras y de las invasiones del exterior, fueron modificando sus usos y costumbres, retrocediendo de hecho en la escala de los seres humanos, hasta el extremo de llegar á tener solo un vago recuerdo de las artes de sus antepasados y de las tradiciones históricas, cosmológicas y religiosas.

Los otros, en tanto, aislados en grupos poco numerosos, fueron cayendo poco á poco en la barbarie, llegando á los últimos límites de la degradación: practicando la antropofagia y no respetando otra ley que la del más fuerte.

En el largo intervalo de 3.000 años que debieron transcurrir desde la desaparición de la Atlántida hasta que Colón descubrió el Nuevo Mundo, aquellos hombres, tanto

los habitantes del continente como los de las nuevas islas, habían olvidado del todo su origen y sólo tenían ideas muy confusas sobre la llegada de extranjeros procedentes del Oriente, gigantes los unos, barbudos otros, pero nada concreto, nada definido: y en Méjico, en Yucatán y en el Perú, se conservaba, además, la tradición de invasiones llevadas á cabo por hombres del Oeste, que arribaron en barcos, y de otros conquistadores procedentes del Nordeste.

Entre tanto, las construcciones megalíticas de Méjico, del Yucatán y de la América Central, que son el asombro de los viajeros y que llenaron de admiración á los conquistadores españoles, quedaron como testimonio de la grandeza de los taltecas y mayas, como objetos de estudio para los sabios y de constante duda para los arqueólogos; lo mismo que ocurre con los templos (*teocalies*) y otros monumentos del arte antiguo americano, y con los notabilísimos *mounds* ó montículos, labrados artificialmente para defensa y habitación del hombre, de los cuales se encuentran los más notables á lo largo del Mississipi.

Mil ejemplos pudiera citar de las variaciones que al cabo de un espacio de tiempo prolongado se efectúan en las razas humanas y en su lenguaje, por influjo del clima, los accidentes del suelo y de las relaciones con otros pueblos. En cuanto á las alternativas de progreso y decadencia en el orden moral y político, á la mano tenemos una prueba por demás elocuente, sin casi salir de nuestra patria, con sólo considerar que los marroquíes, cuya cultura dista mucho de poder igualarse con la de las naciones europeas menos avanzadas en ciencias, artes é industrias, descienden de aquellos musulimes que hicieron de Córdoba y de Granada dos grandes centros de la industria y de todos los ramos del saber humano; emporios de riqueza, de los que aún nos queda testimonio vivo en la maravillosa mezquita, hoy catedral de Córdoba, y en la portentosa Alhambra de Granada.

De los razonamientos que anteceden, apoyados en los hechos admitidos con toda certeza y en las observaciones comprobadas por la experiencia, se deduce:

- 1.º Que la existencia de la Atlántida parece hallarse fuera de duda;
- 2.º Que su aparición debió haber sido motivada por una de las convulsiones que ha sufrido nuestro globo antes de la era cuaternaria;
- 3.º Que la tradición, el estudio de los movimientos de los terrenos, de su constitución y de las influencias meteorológicas, así como los trabajos hidrográficos recientes, conducen á señalar como emplazamiento más probable de la Atlántida, el espacio comprendido entre la América y la Europa, extendiéndose por el Oeste de la península Ibérica sobre el suelo de las Azores;
- 4.º Que partiendo del hecho constante registrado en la historia de la emigración de las razas humanas, de Oriente á Occidente, á contar del Cáucaso, es de creer que el hombre primitivo americano era originario de las regiones orientales del antiguo continente;
- 5.º Que, dada la gran antigüedad que se concede á los egipcios, y de acuerdo

con las confusas nociones que tenían los indios americanos, éstos han podido proceder de aquéllos verosíblemente, lo cual parecen demostrarlo la religión, ciertas costumbres y los monumentos que hasta hoy se conservan;

6.º Que la Atlántida ó *Xibalba* debió desaparecer durante la inmensurable conmoción de la corteza terrestre, que produjo una colosal descarga volcánica, con los consiguientes trastornos, inundaciones y estragos.

No se me oculta que contra esta hipótesis se elevarán no pocas objeciones; pero, por lo que á mí toca, abrigo la convicción (mientras no se aduzcan datos suficientes para desecharla) de que no era infundada la creencia, que desde la más remota antigüedad ha llegado hasta nosotros, acerca de la desaparición de una grandísima y poderosa isla llamada Atlántida.

PATRICIO MONTOJO,  
*Oficial general de la Armada.*

Madrid, Septiembre 1892.



ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISTORIA AMERICANOS

TEC

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA



P. Montajo inventó y dibujó.

Longitud occidental del Meridiano de San Fernando.

M. Fournier grabó.